

El Día de Año Nuevo

Gálatas 3:23-29

“Pero antes que llegara la fe, estábamos confinados bajo la Ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada. De manera que la Ley ha sido nuestro guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe. Pero ahora que ha venido la fe, ya no estamos bajo un guía, porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús, pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos. Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa.”

1. Esta también es una Epístola verdaderamente paulina, escrita sobre la fe contra las obras, y es fácil entender por la Epístola anterior. Lo que se dice allí sobre el esclavo se debe entender aquí sobre el estudiante. Aquí San Pablo introduce dos comparaciones para enseñarnos qué hace la ley y por qué es útil. Por tanto, debemos hablar de nuevo sobre la ley y sus obras, a saber, que hay dos clases de obras. Algunas son extorsionadas por el temor del castigo y motivadas por la expectativa de provecho y premio; otras se hacen espontánea, animosa y gratuitamente sin temor del castigo ni luchar por un premio, sino por pura bondad y deseo de lo que es bueno. Las primeras son las obras del esclavo y del estudiante; las otras son las obras del hijo y del heredero libre.

2. Un muchacho que está bajo su guardián no hace lo que quiere; más bien, por temor de la vara tiene que hacer lo que quiere su maestro. No podemos saber lo que hay en su cabeza, porque su maestro está sobre él. Pero si fuera libre, entonces veríamos lo que estaba en su cabeza; a saber, revelaría su naturaleza y haría sus propias obras. Por tanto, las obras que tiene que hacer cuando es guardado como un cautivo realmente no son sus obras, sino las del guardián que las extorsiona y obliga de él. Si el guardián no estuviera sobre él, no haría ninguna de ellas, sino más bien lo opuesto.

3. Con este ejemplo claro y hermoso, San Pablo contrasta cómo trata la ley y el libre albedrío o la naturaleza tan claramente que no se podría representar en forma más clara de ninguna otra manera. De esto cada uno puede aprender fácilmente el significado, la meta y las obras de la ley, y las características y prácticas de la naturaleza humana.

Vemos dos partes en este muchacho: la primera es que está guardado por el temor y el control de su guardián de muchos males que de otro modo cometería. De lo contrario, se dedicaría a una vida abiertamente malvada y se volvería completamente salvaje. La segunda es que en su corazón se vuelve aún más hostil hacia su guardián que controla su voluntad. La situación con él es que, entre más duramente se le prohíbe el mal externamente, más indignado se pone su corazón hacia aquel que se lo prohíbe. Su comportamiento en la balanza es que en la medida que disminuye externamente el pecado, de esa medida aumenta internamente, de modo que cuando un platillo sube, el otro baja. Vemos por nuestra propia experiencia que cuando los muchachos que fueron

criados con más rigor sean puestos en libertad, se vuelven tanto peores que los que no fueron criados con tanta dureza. Así la naturaleza humana no es ayudada con mandamientos y castigos; tenemos que agregar algo más.

4. Así todo hombre, mientras todavía esté en su naturaleza humana, aparte de la gracia, no hace lo que quiere sino debe hacer lo que la ley, su guardián, quiere. Todos deben confesar que si no hubiera infierno ni castigo de la ley, nadie haría el bien. Por lo tanto, mientras tales obras no se hagan desde su espíritu libre, no son obras tuyas, sino obras de la ley que obliga y empuja, de modo que el apóstol tiene la razón en llamarlas no nuestras obras, sino las obras de la ley. Lo que hacemos contra nuestra voluntad realmente no lo hacemos nosotros, sino aquel por el cual somos obligados.

5. Por ejemplo, si alguien tomara por la fuerza mi mano y golpeará a alguien hasta la muerte con ella o diera limosna a los pobres con ella, ninguna de esas obras sería mía, aunque mi mano las hiciera; más bien, sería obra de aquel que la obligó a hacerla. Por tanto, eso no me haría daño ni me aprovecharía nada. Así también, las obras de la ley no hacen a nadie piadoso, aunque se hagan por medio de nosotros. Nuestra voluntad lo hace solo por el temor y el castigo de la ley y preferiría hacer otra cosa si la ley, que nos obliga y amenaza, no estuviera sobre nosotros. Por tanto, no son nuestras obras. Ahora, cada uno debe ser salvo por sus propias obras.

6. Otra vez, si alguien hace tales obras no por el temor, como él tal vez piensa, todavía las hace debido a las promesas y atracciones de la ley. Eso es malvado y falso, e incluso peor que lo anterior. Es como si el cielo no se habría prometido y supieran que harían todo de balde, entonces no lo harían. Por tanto, de nuevo, las obras no son nuestras, sino son obras de la ley y de sus atracciones o seducciones, por la promesa de posesiones y recompensas. Estas obras son más peligrosas y difíciles de reconocer que aquellas, ya que son mucho más sutiles y muy similares a obras libres, animadas y justas.

7. Pero las obras se reconocen en la cruz, cuando la gente rechaza las obras de la ley y exige que las obras ocurran gratuitamente, sin buscar ningún premio, solo para la gloria de Dios y el beneficio del prójimo. La naturaleza yace vencida y no puede hacer nada; se halla que no hace ninguna obra buena suya, sino solo las obras de alguien más, de la ley, así como un animal irracional corre y trabaja al ser golpeado o por amor a su comida. ¿Cuánta gente piadosa de carácter honorable piensas que permanecerían si no estuvieran ante sus ojos la vergüenza, el castigo, el infierno o el cielo? Absolutamente nadie quedaría piadoso, porque todo se mantiene bueno con el temor o la ganancia. Por tanto, todo es falso y solo mentiras, como dice la Escritura: “Todo hombre es mentiroso” (Salmos 39:5; 116:11).

8. Así vemos estos dos puntos en todas las personas. El primero es que son guardados por el guardián (la ley) de una vida vergonzosa, sinvergüenza, salvaje, y permanecen bajo la disciplina de las obras de la ley en una vida externamente honorable. El segundo es que internamente en sus corazones realmente se hacen hostiles a la ley y su castigo, y cuanto más duramente oprime el castigo, más hostiles se vuelven. ¿Quién no es hostil a la muerte y el infierno? ¿Pero qué es esto más que estar hostil a la ley, que impone tal

castigo? ¿Pero qué es ser hostil a la ley sino ser hostil a la justicia? ¿Y qué es ser hostil a la justicia sino ser hostil a Dios mismo? Aquí está definido, ¿no es así?, que no solo estamos equivocados sino también aborrecemos la justicia, amamos el pecado, y somos hostiles a Dios con todo nuestro corazón, sin importar cuán hermosa y honorablemente brille nuestra conducta externa en las obras.

9. Dios ciertamente quiere ser amado con todo nuestro corazón, como dice el mandamiento: “Amarás a Jehová, tu Dios, de todo tu corazón...” (Deuteronomio 6:5). Dios quiere que todas nuestras buenas obras sean nuestras, no las del guardián, la ley, la muerte, el infierno o el cielo. Es decir, no debemos hacerlas por puro temor a la muerte o al infierno, ni para obtener el cielo, sino de un espíritu libre, de un deleite y amor a la justicia. El que hace una obra buena por temor de la muerte o el infierno no la hace para la gloria de Dios, sino para la gloria de la muerte y el infierno. Es una obra de la muerte y el infierno, porque la han robado, y solo la hace por causa de ellos; de otro modo no la habría hecho. Por tanto, también permanece como esclavo y siervo de la muerte y el infierno con todas esas obras. Pero si sigue siendo el siervo de la muerte y el infierno, entonces debe morir y ser condenado, como dice el proverbio: “Todo el que teme el infierno entra en él”. Asimismo: “El temblor no ayuda contra la muerte”.

10. Pero dices: “¿Qué será de esto? Entonces, ¿quién podrá salvarse? ¿Quién está sin temor y temblor ante la muerte y el infierno? ¿Quién hace sus obras o lleva su buena vida sin este temor?” Contesto: ¿Quién ha amado a Dios si lleva tal temor y odio de su ley y su justicia dentro de él? ¿Dónde está ahora la naturaleza? ¿Dónde está el libre albedrío? ¿Todavía no creerás en la necesidad de la gracia de Dios? ¿Todavía no dejarás que el comportamiento de toda la gente sea pecado, falso y no verdadero? ¿Todavía no puedes ser persuadido que las obras no hacen a la persona piadosa?

11, Aquí puedes ver por qué la ley es necesaria y buena y lo que Dios busca con ella, a saber, estos dos puntos. El primero es que nos mantiene disciplinados y nos impulsa externamente a una vida honorable, de modo que podamos vivir unos con otros y no devorarnos unos a otros, como sucedería si no hubiera ley, ni temor, ni castigo, como antes sucedía con algunos paganos. Por la misma razón, Dios no elimina la espada secular en el Nuevo Testamento, sino más bien la establece, aunque no quiere usarla y su pueblo no la necesita. Más bien, la establece para que la gente desvergonzada y salvaje pueda ser restringida, y para que la gente pueda vivir pacíficamente unos con otros, apoyarse y aumentar. De otro modo, todas las tierras serían un desierto, llenas de asesinos y ladrones, ninguna mujer ni niño quedaría sin ser molestados. Por la espada y su ley son preservados y presionados para una vida tranquila, pacífica y honorable. Sin embargo, no se hacen piadosos de esa forma, y sus corazones no son para nada mejorados. Sus manos solo son compelidas y atadas, y las obras y la justicia no son suyas, sino vienen de la espada, que les obliga a hacer esto y obra en ellos por su castigo y temor.

12. Así la ley de Dios también nos presiona y nos obliga a abstenernos de mucho mal por temor a la muerte y el infierno, y nos preserva como un guardián en una vida

externamente honorable. Pero nadie es piadoso ante Dios de esta forma, porque el corazón sigue siendo hostil a tal guardián, odia su castigo, y preferiría estar libre.

13. El segundo punto es que por la ley el hombre mismo sabe cuán falso e injusto es su corazón, cuán lejos está todavía de Dios, cómo su naturaleza no es nada, de modo que desprecia su vida honorable y sabe que no es nada en comparación con lo que es necesario para cumplir la ley. Así se humilla, se arrastra a la cruz, suspira por Cristo, anhela su gracia, se desespera completamente de sí mismo, y pone toda su confianza en Cristo. Cristo entonces le da otro espíritu y cambia su corazón, de modo que nunca vuelve a temer la muerte y el infierno, nunca busca la vida y el cielo; gratuita y libremente se hace amigo de la ley; vive en ella con una conciencia buena y segura para morir y para vivir; y el infierno, el cielo y todas las cosas son de igual valor para él.

Así la Epístola dice que Cristo nos libró a los que estábamos atados en la esclavitud durante toda nuestra vida por el temor de la muerte (Hebreos 2:15). Así testimonia claramente que debemos estar sin el temor de la muerte, y todos los que viven en el temor de la muerte son esclavos y nunca serán salvos. Ahora, ni la naturaleza ni la ley pueden librarnos de ese temor; ambos solo aumentan ese temor. Solo Cristo nos ha librado de él. Cuando creemos en él, entonces él nos da ese espíritu libre, indómito que no teme ni la muerte ni el infierno, que no ama ni a la vida ni al cielo, sino libre y gozosamente sirve a Dios.

14. Por esto vemos, primero, cuán peligrosas son las doctrinas que empujan al hombre por el mandamiento y la ley a la idea de que pueda llegar a ser piadoso por medio de ellos. De esa manera solo lo alejan más de Dios, de Cristo, incluso de la ley y toda justicia. No hacen más que darle una conciencia cada vez más temerosa, tímida, abatida y miserable, y siempre le enseñan solo a temer la muerte y el infierno, de modo que tanto aquí y allá debe ser un mártir del diablo.

15. En segundo lugar, vemos que ese es un uso triple de la ley, o que la gente toma tres actitudes hacia ella. Los primeros son los que lo arriesgan todo y llevan una vida desvergonzada contra ella; para ellos, es como si no hubiera ley. Los segundos son aquellos que se refrenan de una vida tan disoluta y se preservan en una vida honorable; están bajo disciplina externamente, pero por dentro son hostiles a su guardián, y todas sus cosas suceden por temor de la muerte y del infierno. Así guardan la ley solo externamente, y la ley les guarda exteriormente, pero internamente no la guardan ni son guardados por ella. Los terceros son los que la guardan exterior e internamente; son las tablas de Moisés, escritas exterior e interiormente por el dedo de Dios mismo.

16. Así como los primeros no son piadosos ni exterior ni interiormente, los segundos son piadosos solo externamente, y en el corazón son impíos; pero los terceros son completamente piadosos. San Pablo dice de eso: “Sabemos que la ley es buena, si uno la usa legítimamente”. Pero, ¿cómo se usa correctamente? Responde: “conociendo esto: que la Ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores” (1 Timoteo 1:9). ¿Qué quiere decir eso? Nada más que eso, quien quiera predicar la ley correctamente debe distinguir a estos tres, de modo que no predique la ley al tercer grupo como si de esa

manera si volvieran piadosos, porque eso sería engañoso. Más bien, debe predicar de esa forma al primer grupo para el cual la ley fue instituida, para que dejen su vida desvergonzada y se dejen ser preservados bajo su custodia. Sin embargo, no es suficiente que sean preservados y guardados por la ley; deben aprender de nuevo a guardar la ley. Luego, por encima de y más allá de la ley, también debe predicar el evangelio, en que se da la gracia de Cristo para guardar la ley. Por tanto, es algo completamente diferente preservar y guardar la ley y ser preservado y guardado por ella. El primer grupo no guarda ni son guardados; el segundo es guardado; y el tercero guarda la ley.

17. Estas tres formas de usar la ley son significadas por Moisés. Primero, rompió las tablas porque los judíos adoraban al becerro (Éxodo 32:19). El hecho de que rompió las tablas y no llegaron al pueblo significa que el primer grupo sencillamente no recibe la ley, sino totalmente la rompe. Segundo, trajo otras tablas, que llegaron al pueblo (Éxodo 34:29-20; 33). Pero su rostro brillaba tanto que Aarón y el pueblo de Israel no podían soportar el brillo y el resplandor de su rostro; tuvo que poner un velo enfrente de su rostro si quería hablar con ellos. Eso significa el segundo grupo, que recibe la ley, pero solo la guarda exteriormente; interiormente, es demasiado brillante para ellos, y la temen.

18. Por eso, los hipócritas hacen para ellos un velo, como San Pablo explica (2 Corintios 3:13-15), que es la arrogancia de sus obras y la santidad externa. No quieren ver la ley correctamente y reconocer que su justicia no es nada. Así que el velo permanece sobre sus corazones hasta el día de hoy, como dice Pablo.

Así Moisés también condujo al pueblo solo hasta el Jordán; mató solo los dos reyes, Sehón y Og; y solo dio a dos tribus y media de Israel su porción de la tierra. Todo esto significó la mitad de, de hecho, la parte más insignificante, de esa justicia externa. Y aquí Moisés muere en el desierto de Moab; la ley no puede ayudar más.

19. Entonces Josué vino y condujo a todo el pueblo por el Jordán seco a toda la tierra. Allí no había Moisés, ninguna ley, sino solo Josué, Cristo, que los condujo por fe y cumplió todo lo que Moisés había mandado. Estos son aquellos a quienes no se les da ninguna ley, como dice San Pablo, que se hacen piadosos no por las obras, sino por la gracia, es decir, que hacen el bien, pero no por la compulsión de la ley. No hay ningún Moisés allí. Por todo esto, pienso que ahora debería ser fácil entender a San Pablo en esta Epístola. Veámosla ahora.

“Pero antes que llegara la fe, estábamos confinados bajo la Ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada.” (Gálatas 3:23)

20. No dice: “Antes de que viniera la fe, fuimos piadosos y guardamos la ley”. Al contrario, dice: La ley guardó a nosotros, y estábamos confinados, custodiados bajo ella, para que no pudiéramos escapar para perseguir desvergonzada y libremente nuestra maldad. Sin embargo, de ese modo fuimos impíos bajo la superficie. No obstante, el encerrar y estar bajo custodia no fueron arreglados para que permaneciéramos en ello,

sino más bien para la fe que había de venir, para que nos librara y pusiera en libertad, no para hacer el mal, contra el cual la ley nos había confinado, sino para hacer el bien, al cual la ley nos obligaba. Por este “confinar” debemos aprender a anhelar esta fe y reconocer que nuestra naturaleza está inclinada al mal. Esta redención es espiritual y solo redime el corazón.

21. Así que, si un señor te tuviera confinado en la cárcel, y estabas muy indispuerto a permanecer allí, alguien podría librar-te de allí de dos maneras. Primero, corporalmente, de modo que derrumbaría la cárcel, te libraría corporalmente, y te dejaría ir a dondequiera que quisieras. Segundo, podría hacerte mucho bien en la prisión, hacerla agradable, ligera, espaciosa, y abundantemente adornada para ti, de modo que ninguna cámara real ni reino fuera tan costoso, y podría romper y cambiar tu actitud para que no salieras de la cárcel por toda la propiedad del mundo, sino pidieras en oración que la cárcel permaneciera y pudieras quedarte en ella, la cual habría llegado a ser para ti ya no una cárcel, sino más bien un paraíso.

Dime, ¿cuál liberación sería mejor? ¿No es cierto que la espiritual sería la mejor? En la primera liberación, sigues siendo un pobre limosnero, como antes; pero aquí tienes un espíritu libre y todo lo que quieres.

22. Así Cristo nos ha redimido de la ley espiritualmente. No despedazó ni derrumbó la ley, sino más bien cambió de tal manera nuestro corazón, que antes estuvo involuntariamente bajo la ley, le hizo tanto bien, y hizo la ley tan deleitosa que nuestro corazón no tiene ningún deleite ni gozo mayor que en la ley, y no perdería voluntariamente ni un punto de ella. Así como el prisionero hace su prisión estrecha y opresiva para él con su aversión, así también nosotros somos hostiles a la ley, y es desagradable para nosotros porque tenemos aversión a estar encerrados contra el mal y obligados a hacer el bien.

23. Así el apóstol ha incluido hermosamente tanto el fruto como el uso de la ley en estas palabras. Si preguntara: “¿Para qué sirve la ley?”, responde: “Ciertamente no nos hace piadosos, sino más bien aumenta el pecado y provoca la naturaleza humana con sus mandatos y prohibiciones. Sin embargo, produce dos frutos: el primero es que nos encierra y nos impide brotar claramente y arriesgar una vida abiertamente vergonzosa, como hacen los que no quieren ser encerrados y guardados en custodia bajo la ley. Por eso es mucho mejor que haya ley que si no hubiera ley; de otro modo, ¿quién podría sobrevivir frente a otro? Así también San Pablo dice que la espada secular está puesta para causa temor, no en los piadosos sino en los malhechores (Romanos 13:4).

24. El segundo fruto es que este confinar se dirige hacia la venida de la fe, de modo que el hombre reconozca su maldad y aversión a lo bueno, vuelva en sí, humildemente confiese y se queje de su naturaleza mala, deje de disculparse y desee la gracia de Dios. La gracia no elimina la ley, que la persona ahora ve que es recta, buena y santa, sino le da otro corazón que ama esta ley recta, buena y santa. Ese es el verdadero entendimiento y el mejor uso de la ley. Por tanto, ciertamente es necesario que haya ley

para llevar a las personas al punto que conozcan a sí mismos y suspiren por la gracia de Dios.

25. Pero aquí hay una disputa entre los santos verdaderos y los falsos. Los santos falsos quieren usar la ley solo de la primera manera. Presumen que ya son piadosos por este confinarse y custodio. No quieren aprender de la ley a conocer su naturaleza mala, sino alegan que la naturaleza humana es buena en sí y puede naturalmente amar a la ley. Los verdaderos santos dicen no a esto, y que no es cierto. La experiencia de cada uno habla diferente y está de acuerdo con las Escrituras de Dios. Quien no quiera negar o fingir debe confesar que naturalmente no está dispuesto a tener los mandatos de Dios, y mucho menos dispuesto a tener el castigo por los pecados, la muerte y el infierno, que son presentados por la ley.

Defienden esta gran, profunda y abominable inmundicia de sus corazones y la cubren con las hojas de higuera de sus obras en la ley, así como Adán y Eva cubrieron su vergüenza. Pero la cubierta no mejoró su pecado. Así también nadie se hace mejor por trabajar y justificarse, sino solo peor. Debido a esta inmundicia Cristo fue rechazado y destruido en las sinagogas.

26. Así es claro a quién Pablo dice estas palabras, a saber, a los santos de la justicia por las obras que quieren llegar a ser piadosos por la ley y sus obras y que consideran el primer uso de la ley como suficiente para la piedad. Esto produce personas que se podrían llamar Absalonitas. Así como Absalón permaneció colgado por la cabeza entre el cielo y la tierra en la encina (2 Samuel 18:9), así estas personas también cuelgan entre el cielo y la tierra. Porque están confinados por la ley, no tocan la tierra, es decir, no hacen lo que su naturaleza mala haría gustosamente. Por otro lado, porque la ley no mejora su naturaleza, sino solo la atormenta y provoca, de modo que se hace hostil a la ley, no son piadosos y así no tocan el cielo.

27. De manera similar, Zacarías vio a dos mujeres que llevaban una canasta a Babilonia entre el cielo y la tierra, y una mujer sentada en la canasta que se llamaba *Impietas*, incredulidad, o idolatría (Zacarías 5:5-11). Esta canasta es la gente de esta clase de santidad que flota entre la maldad abierta y la verdadera santidad; por lo tanto, *Impietas*, la incredulidad, está sentada en la canasta. Las dos mujeres que están entre el cielo y la tierra son Temor y Buscadora de premios, porque hacen todas sus obras por el temor del castigo y porque buscan una recompensa. Levantan, llevan y mantienen estas dos partes en su santidad; por tanto también dice que las dos mujeres tenían alas como un gavián o una cigüeña.

En la Escritura, las alas significan la predicación oral, porque el discurso vuela y va rápidamente. La predicación de todos estos santos es solo de temor y premio. Quieren hacer a la gente piadosa solo aterrando o atrayéndola, pero solo la hace peor, de modo que se vuelven hostiles a la ley debido a su terror y porque debido a la seducción adquieren lo que buscan para sí mismos aun más que antes. Por tanto, ciertamente son las alas de la cigüeña o el gavián que devoran las gallinas y asesinan las almas.

28. Pero los verdaderos santos no permanecen suspendidos entre el cielo y la tierra. Ciertamente escuchan el terror y la atracción de la ley, pero saben que tienen una mayor consideración por el terror y la atracción que por la ley misma. Así ven que fundamentalmente no son ni puros ni justos. Se caen, confiesan y claman: “¡Gracia, gracia, oh Señor Dios!” Cristo luego viene a ellos y les trae verdadera libertad por su Espíritu, de modo que se vuelvan completamente celestiales.

29. Eso es lo que significa estar “confinados bajo la Ley, encerrados para aquella fe que iba a ser revelada” (Gálatas 3:23). Así no solo los judíos estaban encerrados, sino también aquellas personas todavía y siempre están encerradas que están ocupadas antes de que la fe llegue con hacerse piadosas por obras, ley, amenazas, temor, mérito, y cosas por el estilo. Si eso no se dirige hacia la fe, o la fe no llega finalmente y se hace conocida a ellos, las cosas se hacen mucho peores para ellos, y finalmente se caen en la desesperación o la arrogancia endurecida y así pasan más allá del alcance de la ayuda. Así todo el que no usa correctamente la ley, para llegar a la fe por medio de ella, está en peligro.

“De manera que la Ley ha sido nuestro guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe.” (Gálatas 3:24)

30. Nota que dice que nadie es justificado por la ley y sus obras. Si pudiéramos ser justificados por la ley, la fe sería innecesaria, y lo que San Pablo dice aquí sería falso, que somos justificados por la fe. La fe y las obras se excluyen mutuamente en este asunto de la justificación. Si atribuyes la justificación a la fe, luego debes quitarla de las obras, la ley, y la naturaleza humana. Si la atribuyes a las obras, luego tienes que quitarla de la fe. Una debe ser verdadera, la otra falsa; no es posible que ambas sean verdad al mismo tiempo. Por lo tanto, no debe haber ningún poder ni habilidad de la ley excepto de hacer pecadores o dejar a la gente como pecadores. Todo lo que no justifica ciertamente hace pecadores o deja a la gente como pecadores. Además, puesto que la ley siempre trata con los pecados y con los pecadores, debe hacer algo más que solo dejarlos como pecadores. ¿Qué clase de actividad sería la que dejaba las cosas como las encontraba?

31. ¿Qué, entonces, puede lograr la ley si no nos justifica, ni nos mejora, y no nos deja como nos encuentra? Debe ser una actividad milagrosa, ya que no nos justifica ni nos deja como somos. Por tanto, se concluye necesariamente que debe aumentar el pecado, como dice San Pablo: “La Ley, pues, se introdujo para que el pecado abundara” (Romanos 5:20). Esto sucede, como se ha dicho, de esta forma: cuando encierra y restringe la mano de una vida abiertamente malvada, solo despierta un odio y una aversión mayor del corazón hacia ella. Asimismo, un muchacho se vuelve tanto más resentido con su tutor entre más duramente se le castiga y se le prohíbe su voluntad. Este odio y resentimiento no es otra cosa que un aumento de su voluntad malvada y prohibida; eso nunca se habría surgido si no hubiera oposición contra su voluntad.

32. Así, antes de la venida de la ley, el hombre en su naturaleza mala sencillamente peca por sí mismo, sin pensar en la ley. Pero cuando viene la ley y lo restringe y amenaza,

entonces su naturaleza primero se vuelve hostil y resentida hacia la ley; comienza no solo a amar al pecado sino también a odiar la justicia. Esta es la forma en que la ley obra en el pecador con sus pecados. San Pablo describe eso como “el pecado siendo fortalecido por la ley”, por no hablar de justificar a alguien por medio de ella. Todo el que entiende y conoce esto es bienaventurado. Los santos de obras no entienden esto en absoluto; no atribuyen tal maldad u odio de la ley a la naturaleza, sino hallan mucho bien en ella. Por tanto, no entienden ni siquiera una letra en San Pablo, quien nunca habla de otro modo acerca de la ley. Si queremos hablar honestamente, hallamos la misma cosa en nuestro corazón.

33. También dice “a Cristo”, o hasta Cristo “la ley ha sido nuestro tutor”, para que nadie tomara ninguna otra fe que no sea la fe en Cristo. La ley nos lleva a la Simiente de Abraham, Cristo, en quien todos los santos han creído desde el principio, como se dijo en la Epístola anterior.

34. Por tanto, no ayuda a los judíos y turcos creer que Dios creó el cielo y la tierra. Quien no cree en Cristo no cree tampoco en Dios. Aunque fuera verdad que Cristo no es Dios, lo cual es imposible, todavía los que no creen en Cristo no creen en Dios, porque Dios prometió su gracia en la Simiente de Abraham. Esa Simiente es Cristo, como lo reconocen los judíos, turcos y el mundo entero. Por tanto, quien no cree en Cristo tampoco cree las promesas de Dios. Por tanto, no cree tampoco en el Dios que creó el cielo y la tierra, puesto que ningún otro Dios hizo esa promesa a Abraham, y la bendición y la fe no han salido y sido predicado en el mundo entero en el nombre de ninguna Simiente de Abraham excepto este Cristo.

35. Por tanto, fuera de Cristo no hay bendición ni justificación, no solo por causa de la ley sino también porque no hay ninguna otra fe. Dios quiere cumplir su promesa hecha a Abraham, a quien prometió bendición para el mundo entero en su Simiente y no en ninguna simiente de nadie más. Por tanto, no aprobará una fe nueva ni diferente para nadie, ni permitirá que su promesa sea una mentira ni la revocará. Por tanto, la fe en Cristo justifica, como dice Pablo: “pues el fin de la Ley es Cristo, para justicia a todo aquel que cree” (Romanos 10:4). ¿Qué significa eso? Nada más que eso, que todos los que creen en Cristo son justificados por la fe y reciben su Espíritu y gracia. Con eso hay un fin de la ley, para que nunca esté bajo la ley. Esto también es el propósito final de la ley, como sigue:

“Pero ahora que ha venido la fe, ya no estamos bajo un guía,” (Gálatas 3:25).

36. Aunque es fácil entender por las palabras anteriores lo que significa estar bajo la ley o bajo un tutor, sin embargo, porque esta doctrina y estas palabras han caído completamente en desuso, no se puede decir lo suficiente acerca de ellas. Brevemente, estar bajo el tutor o la ley significa ser un hipócrita, hacer muchas buenas obras y sin embargo no ser piadoso, llevar una buena vida sin jamás ser justo, siempre enseñar y predicar y nunca aprender ni entender nada. La razón es que los que son de esta clase no hacen bien por su propio libre albedrío y con amor, sin temor ni buscar un premio. Por

tanto, son esclavos impulsados por la ley, que siempre permanece como su amo y conductor. Así que siempre siguen siendo sus deudores y súbditos.

La ley exige una voluntad libre, gozosa y animada; no la tienen y no la pueden tener por sí mismos. Solo la fe en Cristo la produce. En donde esa está presente, la ley cesa sus exigencias; se satisface que se ha hecho lo suficiente y ha sido cumplida. El estudiante ahora sabe lo que debe saber y lo que el tutor exige que sepa; por tanto, el tutor lo deja, ya no le exige nada, y nunca más es su tutor, sino solo su buen amigo y compañero.

37. Así la fe nos redime de la ley no de una forma corporal, de modo que vayamos aquí y la ley vaya allá, y así nos separamos uno de la otra de modo que nunca estamos bajo ella. Más bien, la fe nos redime de tal forma que hemos hecho lo suficiente para cumplir sus exigencias. Ahora sabemos y tenemos lo que la ley quiere que conozcamos y tengamos, a saber, el Espíritu Santo, que nos hace amarla. La ley no quiere ser trabajada, y no se contenta con las obras; quiere ser amada y cumplida con amor. Sin el amor no nos libraría ni sería pagada. Así tuvimos que quedarnos bajo ella con todas nuestras obras sin amor; no tuvimos paz en nuestra conciencia hacia ella; siempre nos castigaba como pecadores y transgresores, y nos amenazaba con la muerte y el infierno, hasta que vino Cristo y nos dio su Espíritu y amor por medio de la fe que se predica en el evangelio. Entonces fuimos librados de la ley, de modo que nunca exige, nunca castiga, sino deja la conciencia descansar, nunca aterra con la muerte y el infierno, y se ha hecho nuestro buen amigo y compañero.

38. Así como el tutor no deja al muchacho en tal estado que se muera o se vaya a alguna otra parte, sino lo deja espiritualmente cuando el muchacho se ha vuelto diferente y sabe lo que el padre quería que tuviera a través del tutor, así también la ley no nos deja en tal forma que deja de existir o es abolida, sino nos deja espiritualmente cuando nos hemos vuelto diferentes y tenemos lo que Dios quería que tuviéramos por medio de la ley.

39. Por tanto, he dicho que esta imagen del muchacho y su tutor es una indicación hermosa y brillante de cómo entender correctamente la ley y la gracia en nosotros. El primer uso de la ley (que nos encierra y nos hace externamente piadosos) está tan firmemente establecido, y promovido por todos los maestros y libros y también por la naturaleza humana, que es duro y difícil para nosotros entender su segundo uso, que internamente aumenta el pecado. Por tanto, puedo compararla con la balanza, en que una bandeja está vacía y la otra cargada.

Así la ley, cuando nos hace externamente piadosos, aumenta el pecado internamente. Impone tanto internamente por el odio y la indignación como nos quita externamente en las obras, e incluso más. San Pablo dice “a fin de que el pecado, por medio del mandamiento, llegara a ser extremadamente pecaminoso” (Romanos 7:13) y peque demasiado. La experiencia de cada uno tiene que confesar todo esto.

“porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús,” (Gálatas 3:26).

40. El que está bajo la ley y trabaja con renuencia ciertamente es un esclavo, como se dijo en la Epístola anterior, pero todo el que obra animosamente en fe es totalmente un hijo, porque ha obtenido el Espíritu de Dios por medio de Cristo. Sin embargo, el apóstol señala a Cristo e indica una fe que cree y permanece en Jesucristo. Ninguna otra fe es suficiente y correcta, sin importar qué cree acerca de Dios.

41. Hay algunos, especialmente entre los nuevos escolásticos, que dicen: “El perdón de pecados y la justificación por la gracia dependen completamente de la divina imputación”, es decir, de la atribución de Dios, y que a todo el que Dios imputa el pecado o no lo imputa, él con eso es justificado o no justificado de sus pecados, como ellos piensan que las palabras dicen: “Bienaventurado el hombre a quien Jehová no imputa su iniquidad” (Salmo 32:2; Romanos 4:7,8).

Si eso fuera cierto, todo el Nuevo Testamento no sería nada y no tendría ningún propósito. Entonces Cristo habría trabajado necia e inútilmente cuando sufrió por los pecados. Dios mismo habría perseguido un engaño y fraude sin necesidad, ya que ciertamente podría haber perdonado y no imputado los pecados sin los sufrimientos de Cristo. Entonces una fe que no fuera la fe en Cristo podría haber justificado y salvado, a saber, una fe que dependía de la misericordia libre de Dios, de que no se les imputarían los pecados.

42. En contraste con esta abominable y terrible idea y error, el santo apóstol siempre señala la fe en Jesucristo y nombra a Jesucristo tantas veces que es casi un milagro si alguien no se da cuenta de la razón necesaria para esto. La gente incluso dice que cada segunda palabra en las epístolas de San Pablo es “Jesucristo”. Los maestros paganos desvergonzadamente han destruido y guardado silencio acerca de él con sus sueños engañadores abominables y diabólicos.

43. Por eso, nuestra gente altamente erudita en las universidades ahora ya no sabe quién es Cristo, o por qué es necesario y útil, o qué son el evangelio y el Nuevo Testamento. Piensan que Cristo es solo un Moisés, a saber, un maestro que da leyes y mandamientos acerca de cómo debemos ser piadosos y vivir bien. De allí siguen con su libre albedrío y obras naturales, y quieren prepararse y hacerse aptos para la gracia, incluso tomar el cielo por asalto.

44. Si Dios diera su gracia a esos obradores que están preparados por su propia diligencia, entonces Cristo tendría que quedarse un espantapájaros. ¿Para qué lo necesitan si pueden obtener la gracia en su propio nombre y por su propia actividad? No solo enseñan eso públicamente, sino también luchan por ello con bulas papales y con todas sus fuerzas, y condenan la doctrina contraria como la más alta y peor herejía. Por tanto, he advertido y todavía advierto a todos para que sepan cómo el Papa y las universidades han arrojado a Cristo y al Nuevo Testamento más lejos del mundo de lo que jamás han hecho los judíos o turcos. Por tanto, el Papa es el verdadero Anticristo, y sus universidades son las tabernas y burdeles del diablo. ¿Qué se supone que debe hacer Cristo si puedo obtener la gracia de Dios por mis propias preparaciones naturales? ¿O qué más quiero tener si tengo la gracia?

45. Por tanto, guardémonos de este veneno infernal y no perdamos a Cristo, el Salvador consolador. Cristo debe estar por encima de todo. Es cierto, como dicen David y Pablo, “Bienaventurado el hombre a quien Jehová no culpa de iniquidad” (Salmo 32:2; Romanos 4:8). Pero San Pablo cita esto para señalar que esta imputación divina solo le sucede al creyente en Cristo, no al libre albedrío o a la naturaleza por causa de sus obras. Presenta a Abraham, cuya fe fue contada por justicia, cuando creyó la promesa divina sobre su Simiente. Aunque Dios no cuenta nuestros pecados contra nosotros por pura gracia, sin embargo, no querría hacer eso a menos que su ley y su justicia primero hayan sido plenamente satisfechas, y más que plenamente. Esta imputación misericordiosa de su justicia primero debe ser comprada y obtenida para nosotros.

Por tanto, porque fue imposible para nosotros, designó para nosotros a uno en nuestro lugar que tomó sobre sí todo el castigo que nosotros habíamos merecido y cumplió la ley por nosotros; de esta manera alejó de nosotros el juicio divino y apaciguó su ira. Así la gracia se nos dio gratuitamente, de modo que no nos costó nada; pero costó muchísimo a otro en nuestro beneficio. Se adquirió con un tesoro incontable e infinito, a saber, el Hijo de Dios mismo. Por tanto, es necesario sobre todo que tengamos a aquel que hizo esto por nosotros. Es imposible obtener la gracia excepto por medio de él.

46. Por tanto, desde Adán a Abraham nadie se salvó excepto por la fe en la Simiente de la mujer, que pisotearía la cabeza de la serpiente; después de Abraham nadie se salvó excepto por la fe en la Simiente de Abraham. Así también ahora nadie puede ser salvo excepto por la fe en esa misma Simiente de Abraham que ahora ha venido. No sirve que trates, sin este Mediador, de llegar a Dios por ti mismo y por tu actividad diligente, como enseñan los judíos, los turcos y los papistas. ¿Quién te reconciliará primero con Dios? Dice: “Nadie viene al Padre sino por mí” (Juan 14:6).

Durante la hambruna, los egipcios querían ir y presentar sus quejas a Faraón, el rey mismo, pero los repulsó y dijo: “Id a José, y haced lo que él os diga” (Génesis 41:55). Así también, Dios no escucha a nadie ni ayuda a nadie a la salvación, sino todos debemos acudir a Cristo, que fue hecho Señor sobre todas las cosas y con quien está el trono de la gracia. Él nos lo ha obtenido; por tanto, es inútil buscarlo en otra parte. Sí, si estuviéramos sin pecado, como lo fue Adán antes de la caída, no necesitaríamos a Cristo, entonces podríamos acudir ante Dios nosotros mismos. Pero en la hambruna después de la caída, tenemos que tener a un José, que está libre de pecado y sin embargo recibe a nosotros los pecadores necesitados que acudimos a él y lo deseamos.

47. De esto se deduce que los papistas hablan y creen acerca de la naturaleza como si todavía no estuviera viciada, como estuvo en Adán antes de la caída. No creen que está completamente corrompida en los pecados y es enemigo de Dios. Dios es hostil a los pecados; así el pecado es hostil a Dios, como Pablo enseña (Romanos 5:10; 8:7). Así que ciertamente no creen lo que Moisés escribe sobre la caída de Adán (Génesis 3), o consideran esa caída como un chiste, que no hizo nada en la naturaleza y no la hizo pecaminosa y sujeta a la ira de Dios. Porque no creen a Moisés y no necesitan a Cristo, y así rechazan los Nuevo y Antiguo Testamentos y condenan toda la Escritura viviente,

Dios con razón los ha permitido convertirse en estudiantes del pagano muerto y condenado Aristóteles y de la letrina del diablo, que los atascan en las leyes del Papa y las doctrinas humanas de modo que rebosan y hacen apestoso el mundo entero. Sin embargo, siempre permanecen en las tinieblas, de modo que se apresuran a Dios sin esta fe en Cristo, pero con su propia oración, ayuno, decir misas, estudiar y predicar.

48. Aunque nombran y confiesan a Cristo, no entienden nada más con eso que como si Dios sin necesidad hubiera hecho para ellos tal Señor, para que fueran obedientes a Dios teniéndolo como su Señor. De otro modo, sin tal dominio de Cristo, su libre albedrío podría haber obtenido la gracia de Dios por la diligencia natural. Con ellos y por causa de ellos el reino de Cristo es algo innecesario y es puro capricho de parte de Dios, que quiere que lo tengan como su Señor igual como otro reino a que están sujetos; no porque esto sea necesario para la salvación, puesto que ciertamente pueden ser salvos sin su reino, sino porque es la voluntad y mandato de Dios que nosotros seamos obedientes a este Rey.

Así, para ellos, Cristo fundamentalmente en sus corazones no es un Salvador, sino más bien un tirano y un carcelero. La naturaleza no necesita nada de él para obtener la gracia; más bien, solo es más cargada, puesto que no solo debe tener a Dios como su Señor, como antes, sino también a Cristo y sus mandamientos.

49. En tiempos pasados mucha gente predijo que en el tiempo del Anticristo todos los herejes vendrían en montones y destruirían el mundo entero. Eso ahora realmente ha sucedido bajo el Papa y los turcos. Cuando Cristo y toda la Escritura son rechazados y condenados, de modo que no queda más que solo el nombre, se puede fácilmente demostrar que todas las herejías, todos los errores, y todas las tinieblas que ha habido desde el comienzo del mundo ahora reinan. Muchas veces temo que todas las personas ahora sean condenadas, excepto las que mueren en sus cunas. Nadie reconoce, llora ni lamenta la feroz ira de Dios sobre nosotros.

50. La necesidad y la razón por la cual San Pablo siempre promueve tanto la fe en Cristo es que previó esta doctrina venenosa futura, que se atreve a tratar con Dios aparte de Cristo, como si Dios y nuestra naturaleza fueran buenos amigos, como si la justicia pudiera amar el pecado y conceder lo que quería el pecado.

Por eso, queridos amigos, seamos sabios y conozcamos correctamente a Cristo, es decir, que sobre todas las cosas debemos oír el evangelio y creer en Cristo, no solo porque es un Señor sino también porque es el hombre que entró en el lugar de nuestra naturaleza pecaminosa, que cargó sobre sí toda la ira de Dios que merecíamos con todas nuestras obras, y que la venció. No guardó todo eso para sí mismo, sino lo dio para que fuera nuestro, para que todos los que creen esto en él y acerca de él ciertamente sean redimidos por él de esa ira de Dios y sean recibidos en su favor.

De esto aprendemos cuánto necesitamos y nos beneficiamos de Cristo, y que el diablo mismo inventó y contó la mentira de que el hombre puede hacer lo suficiente por sus poderes naturales para que se le dé la gracia de Dios. Si la naturaleza puede obtener la

gracia, entonces Cristo no sirve para nada como Intercesor y Mediador, Pero si él es necesario, entonces la naturaleza no debe obtener nada sino la hostilidad. Estos son incompatibles: ser tu propio mediador y tener a Cristo como tu Mediador.

“pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.”
(Gálatas 3:27)

51. Qué hermoso es el arreglo del apóstol: “Ahora que ha llegado la fe, nunca estamos bajo un tutor”. ¿Por qué? “Porque todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gálatas 3:26). Pero. ¿cómo llegamos a ser hijos de Dios? “Pues todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos” (Gálatas 3:27). Cristo es el Hijo de Dios; por tanto, todo el que se viste en el Hijo de Dios también debe ser un hijo de Dios, porque está vestido con la adopción divina y eso ciertamente le hace un hijo. Si es un hijo, nunca está bajo la ley, en donde solo hay esclavos. Si un hijo está bajo la ley, como un niño bajo un tutor, entonces es como un esclavo, mientras está bajo ella, como dice San Pablo en las palabras siguientes que se escucharon en la lectura de la Epístola anterior.

52. Pero ¿qué significa “vestirse de Cristo”? Los que no tienen fe rápidamente han contestado que significa seguir a Cristo e imitar su ejemplo. Pero de esa forma podría vestirme de San Pedro, San Pablo y todos los santos y no se diría nada especial de Cristo. Por tanto, dejaremos que la fe hable aquí, algo que Pablo en forma deleitosa describe con la palabra “vestirse”. Es obvio que los que son bautizados no han seguido primero a Cristo, sino en el bautismo comienzan a seguir a Cristo. Por tanto, Cristo primero tiene que ponerse antes que uno lo siga. Revestirse de Cristo debe ser algo muy diferente de seguir su ejemplo.

Este es un vestirse espiritual en la conciencia, y sucede cuando el alma recibe a Cristo y toda su justicia como su propia posesión, y confía y depende de esto como si hubiera hecho y merecido eso él mismo, así como una persona acostumbra a recibir su ropa. Este recibir es vestirse espiritualmente; esa es la naturaleza y el carácter de la fe.

53. Cristo en verdad nos ha sido dado para que toda su justicia, junto con todo lo que tiene y es, ocupe nuestro lugar, como si él fuera nuestro. El que cree eso experimenta lo que San Pablo dice. “Entregó a su propio Hijo por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:32). Asimismo: “Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Corintios 1:30).

Así, todo el que cree en Cristo se viste de él. Por tanto, la fe es algo tan grande que salva y justifica a la persona, porque le trae todas las bendiciones en Cristo, en las cuales la conciencia se consuela y confía. Por eso debe alegrarse en Cristo, deseoso de hacer todo bien y evitar todo mal. Nunca teme la muerte ni el infierno ni ningún mal, ya que está vestido suntuosamente en Cristo.

Eso es lo que significa “satisfacer la ley” y “nunca estar bajo ella”, porque el Espíritu Santo está allí con ropa para el alma, lo cual resulta en una persona completamente diferente. Si el alma está vestida en la adopción de Dios, debe ser un hijo.

54. Ves, de esta forma no puedes vestirme de ningún santo ante Dios. Es necesario que cada uno se vista de Cristo por sí mismo, y no tiene nada que puede dar a otro para ponerse.

Después de ponerse esta ropa, el ejemplo y la imitación de Cristo siguen, porque el hombre vuelve a hacer para su prójimo como Cristo ha hecho para él, da y hace por él todo el bien que puede y tiene, e incluso hace que se ponga algo y lo vista con lo que él tiene. Pero no puede darle la ropa con que él mismo está vestido en Cristo. Nadie puede aplicar su fe a otro ni darle esa misma fe. Ciertamente puede orar que sea vestido de Cristo, pero cada uno debe creer por sí mismo, y solo Cristo debe vestirnos a todos con él mismo.

55. Quien no tiene esta fe, que Cristo es suyo junto con toda cosa buena, todavía no cree correctamente y no es un cristiano, y su corazón no está alegre y animado. Sólo la fe hace cristianos que son alegres, animados, seguros, salvos e hijos de Dios, en donde debe morar el Espíritu Santo. Es una ropa tan hermosa, vistosa y costosa, que tiene adornos, joyas y gemas tan altamente preciosos, toda virtud, gracia, sabiduría, verdad, justicia y todo lo que está en Cristo, que San Pablo dice: “¡Gracias a Dios por su don inefable!” (2 Corintios 9:15). San Pedro dice que se nos dan grandes y costosas bendiciones por medio de Cristo (2 Pedro 1:4). Esa es la vestimenta de muchos colores de José que su padre, Jacob, hizo para él en lugar de para sus otros hijos, porque solo Cristo está “lleno de gracia y de verdad”. Además, esa es la ropa costosa del sumo sacerdote Aarón, en la cual sirve a Dios. Mucho se podría decir sobre esto, ya que al usar esta palabra Pablo nos señala estas historias.

56. Otra vez, así como nos revestimos de Cristo y lo recibimos, así él también pone a nosotros y nos recibe a nosotros y a todo lo que tenemos como si fuera suyo. No encuentra nada bueno en nosotros, sino solo pecado, que él recibe y quita de nosotros, como de su ropa magnífica. Además, ora por nosotros y lleva nuestros pecados ante Dios, para que no sean castigados eternamente, como dice San Pablo: “Cristo intercede por nosotros” (Romanos 8:34). Y en el Salmo 41:4 dice: “Yo dije: Jehová, ten misericordia de mí, sana mi alma, porque contra ti he pecado” (Salmo 41:4). Otra vez: “Dios, tú conoces mi insensatez, y mis pecados no te son ocultos” (Salmo 69:5). Todo esto se dice en nuestra persona, como San Pablo explica de este mismo salmo y dice que Cristo cargó con nuestros pecados y no nos menospreció ni imaginó que su santidad fuera demasiado buena para nosotros, sino, como está escrito: “Los vituperios de los que te vituperaban cayeron sobre mí” (Romanos 15:3; Salmo 69:9).

57. Gustosamente escuchamos que él es nuestra vestidura y es nuestro Mediador como de su ropa; pero no estamos dispuestos a tolerarlo cuando él quiere limpiar su ropa. Si queremos ser su ropa, entonces verdaderamente debemos tolerarlo cuando él quiere limpiarla; él no puede ni quiere andar en ropa sucia. En el tiempo de los mártires,

cuando acababa de poner esta ropa, cuando vigorosamente la purgó con la muerte y toda clase de sufrimiento, luego se sentó y refinó a los hijos de Leví (Malaquías 3:3) y fue como la lavadora que limpia la ropa. Por tanto, es una buena señal cuando trae mucho sufrimiento y no deja de limpiar su ropa con toda clase de sufrimiento; en donde no hace eso, su ropa no está allí.

“Ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay hombre ni mujer, porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús.” (Gálatas 3:28)

58. Es bastante obvio que San Pablo no quiere decir que no haya ningún judío, ningún griego, ningún hombre, ninguna mujer en la naturaleza y en cuanto se trata de la persona del cuerpo, sino en el asunto de que habla. ¿De qué habla? No del cuerpo o la naturaleza, sino de la fe, de la justificación, de Cristo, de cómo nos convertimos en hijos de Dios por la fe en él. Todo esto sucede en el alma y en la conciencia, no por carne ni sangre, no por mano ni pie, sino por la palabra y el evangelio.

En este asunto no hay ninguna distinción de las personas, porque todos tienen igual valor, ya seas judío, gentil, esclavo, libre, hombre o mujer. En asuntos corporales, el judío tiene una ley y manera de vivir diferente de la del griego; el esclavo tiene una diferente de la del libre; el hombre una diferente de la de la mujer. El judío es circuncidado; el gentil es incircunciso. El hombre no cubre su cabello, la mujer lleva un velo. Además, cada uno tiene su forma de servir a Dios, como dice la gente: “Tantos países, tantas costumbres”. Pero estas formas de vivir y todo lo que es externo y no la fe no nos hacen justos y piadosos ante Dios; tampoco impiden la justificación, porque la fe puede permanecerse igual en todas estas formas de vivir, personas, costumbres y distinciones indistintamente.

59. Desafortunadamente, a veces sucede que alguien abraza tal forma de vida y se aferra a ella como algo por lo cual tiene la intención de llegar a ser piadoso y justo, ayudar a su propia alma, eliminar el pecado y obtener la salvación. Pero entonces todo está al revés, se niega a Cristo, se pierde a Dios, la fe y el evangelio se han desaparecido. Entonces las obras y la ley vuelven a reinar, y la conciencia está engañada para pensar que si no se aferra a esta forma de vida, entonces ya está perdida, pero si se aferra a ellas, será salvada. El apóstol lucha contra esto tan duramente porque es el error más dañino en la tierra. Es imposible que la fe cristiana permanezca con tal engaño, con tal conciencia, porque no será justificado y salvo ni lo puede ser por nada en el cielo o la tierra excepto solo por Cristo. Utiliza todas las demás formas de vivir, leyes, obras, costumbres y personas solo para disciplinar el cuerpo en la tierra y para servir al prójimo.

60. ¿Qué les falta a los judíos para ser salvos? La respuesta de San Pablo es que quieren subir por las obras y no por la fe (Romanos 9:32). Quieren que solo judíos estén en el cielo, pero Dios quiere que solo cristianos estén allí, sean judíos o gentiles, hombres o mujeres. Piensan que si guardan la ley, serán salvos, y si no lo hacen, serán condenados. Pero Dios piensa lo contrario. “El que crea y sea bautizado, será salvo; pero el que no crea, será condenado” (Mark 16:16). Además, sin la fe nadie puede guardar la ley, como se dijo antes y como Pablo también testifica cuando escribe: “porque ni aun los mismos

que se circuncidan guardan la Ley” (Gálatas 6:13). ¿Por qué no? Porque no hay obediencia voluntaria, sino solo el terror y la atracción de la ley. Porque piensan que tienen que ser judíos, y no de otra manera, y deben entrar en la ley como judíos, se aferran con la conciencia atada a su judaísmo y a las leyes, y así tienen que perecer eternamente. Está determinado que no hay judío ni gentil (Gálatas 3:28), como dice San Pablo, sino solo Cristo y los cristianos.

61. Ahora bien, si primero hubieran creído en Cristo y después se quedaran judíos, como querían, circuncidados o no, guardaban sus leyes como querían, siempre y cuando no presumieran pensar que se harían piadosos o salvos de esa manera, sino solo por la gracia de Cristo, como lo fueron sus padres y los patriarcas, como dice San Pedro (Hechos 15:11), entonces eso no tendría ningún peligro para ellos. Sin embargo, no hacen eso, sino se aferran firmemente a las obras, los terrores y atracciones de la ley, de modo que condenan y persiguen a todos los que hablan en forma diferente y predicán de la fe. Por eso mismo sus antepasados persiguieron y mataron a todos los profetas y después dijeron que por causa de Dios y su ley habían destruido a los engañadores del pueblo y a los que blasfemaban la ley y el culto a Dios, como Moisés les había mandado.

62. Cuando vemos a nuestros judíos, vemos que actúan mucho más ruda e inútilmente. Aquellos judíos tenían el pretexto honesto de que la ley de Dios los obligaba. Nuestros judíos, el Papa con sus papistas, nos empujan a leyes meramente humanas y a sus propios inventos, los cuales Dios ha prohibido. Hacen un gran clamor sobre la noble virtud de la obediencia, sin la cual nadie puede salvarse y por la cual todos son salvos; pero aplican esa obediencia no a los mandamientos de Dios, sino a sus propias legalidades e invenciones.

Si vemos su comportamiento, vemos definitivamente que tienen la intención de llegar a ser piadosos y salvarse no por la fe en Cristo, sino por sus obras y leyes como cartujos, predicadores, frailes descalzos, agustinos, benedictinos, canónigos, coadjutores, etc. Ellos mismos confiesan que consideran estos órdenes y estados como el camino verdadero para hacerse piadosos y salvos, de modo que es obvio que sus conciencias se aferran a las obras y no a la gracia de Cristo. Aunque leen las palabras de San Pablo de que no hay ni judío ni griego, sin embargo dicen: “No hay ni judío ni griego, pero hay cartujos, frailes descalzos, predicadores, benedictinos, agustinos de tal o cual estado”.

63. Si hablamos de la fe en Cristo, dicen: “Ciertamente sabemos que debemos creer en Cristo”. Pero no creen que deben llegar a ser piadosos y salvos solo por medio de él. Dicen: “¿Entonces, qué beneficio hay en las buenas obras? De ese modo las órdenes y los estados no tendrían propósito. Quieres destruir las buenas obras y el culto. ¡Fuera con el maldito hereje! ¡Fuego, fuego, fuego aquí! ¡Hereje, hereje, hereje! ¿Se equivocaron San Francisco, Santo Domingo, San Benito, San Agustín, San Bernardo y San Antonio? ¿Qué estás pensando? ¿De dónde sacaste esa fe diabólica?

¿No es cierto que nuestros santos y judíos actúan así? ¿Qué, entonces, debemos hacer con ellos? Debemos hacer como San Pablo hizo con los gálatas y clamar dos veces:

“Aunque un ángel del cielo, o nosotros mismos, les predicara en forma diferente de lo que han oído, sea maldito”.

64. Así nosotros también decimos: “Nuestra predicación y la base de nuestra fe es que la justificación y la salvación existen solo por medio de la fe, sin la ley ni las obras. Si el mundo fuera solo cartujos que enseñaran de forma diferente, que sea maldito. Si el mundo entero fuera solo frailes descalzos, predicadores, agustinos y benedictinos que enseñaban de otra manera, sea maldito. Además, si un mundo consistiera solo de agustinos santos, un segundo solo de Santos Francisco, un tercero solo Santos Domingo, un cuarto solo Santos Benito, un quinto solo Santos Antonio, un sexto solo San Pablos, un séptimo solo ángeles Gabriel, ¿entonces qué? Si enseñaban de forma diferente, que sean malditos. Sin embargo, la palabra de Dios queda firme, y solo Cristo debe permanecer. ¿Qué más quieres?

65. Cristo dijo de estas sectas: “porque se levantarán falsos cristos y falsos profetas, y harán grandes señales y prodigios, de tal manera que engañarán, si es posible, aun a los escogidos. Entonces, si alguno os dice: ‘Mirad, aquí está el Cristo’ o ‘Mirad, allí está’, no le creáis” (Mateo 24:24; Marcos 13:21).

Dos causas durante mucho tiempo me han impedido entender este pasaje sobre estas sectas y órdenes. La primera causa es que son tan numerosas, y el mundo entero está lleno de ellas. Si hubieran sido pocos, no habría dejado que me detengan. Pensaba que Dios no permitiría que tanta gente se equivocara, y no veía que el texto tan claramente dice que habría tantos que incluso los elegidos, cuyo número es pequeño, podrían equivocarse con ellos. La segunda causa es que había mucha gente santa entre ellos, tales como Benito, Bernardo, Agustín, Francisco, Domingo y muchos de sus seguidores. Pensaba que no podrían estar equivocados, y no veía que Cristo dijo que aquí los elegidos se resbalarían y serían atacados por el error, pero no permanecerían en él.

66. Gedeón fue un hombre fuerte en la fe, por la cual hizo muchas hazañas. Sin embargo, fue desviado para hacer un efod (Jueces 8:27); es decir, instituyó un modo peculiar de adoración lo cual trajo mucha miseria y destruyó toda su familia, como dice la Escritura. ¿Debería sorprender, entonces, que San Benito, San Francisco y Santo Domingo se hayan equivocado? ¿Quién nos puede asegurar de que no equivocaron en este punto?

67. Es posible que haya sucedido aquí, como comúnmente sucede en las leyendas de todos los santos, que la gente ha abandonado las mejores partes y los caminos verdaderos de los queridos santos y han abrazado aquellas cosas en que los santos tropezaron como seres humanos. Entonces su debilidad se elevaría por encima de su fuerza, y su fuerza sería suprimida, porque todos se inclinan a seguir lo que es más débil, más insignificante y peor, más bien que lo mejor.

68. Sin embargo, si vivían en esos estados y órdenes libremente, no con la idea de hacerse piadosos y salvos por ellos, sino solo para disciplinar su cuerpo y servir a sus prójimos para la gloria de Dios, y dejaban el ser piadosos y salvos solo a la fe, entonces

todo se podría tolerar, y no les haría daño, aunque no estaría sin ofensa para las masas sencillas, que aprenden a pensar que tales cosas son el camino verdadero, de modo que su fe recibe un golpe fuerte, si no se derrumba completamente. La fe es una cosa delicada, preciosa, fácilmente herida, especialmente por tales obras y prácticas tan brillantes y relucientes.

69. No hay duda de que los santos junto con sus discípulos tenían tales estados en libertad, sin perjudicar su fe e inclusive aumentándola; de otro modo no habrían sido santos. Pero esta multitud ciega camina penosamente tras ellos y los sigue abandonando el grano y guardando la cáscara; hacen sus obras y olvidan su fe. Sin embargo, se jactan y hacen parecer que ocupan la posición, orden y ejemplo de los santos padres, aunque no tienen más que la sombra de ellos. Son una verdadera multitud de monos, imitando todo lo que ven, y sin embargo, siguen siendo monos, sin hacer nada en la libertad cristiana. Prueban esto diciendo: “¿No debería volverme piadoso y salvo por mi posición, orden y trabajo? Si dependiera solo de la fe, que todo el mundo tiene, ¿qué estaría buscando en un monasterio? ¿Por qué me habría convertido en monje? ¿Por qué sería un sacerdote? ¿Qué se lograría con las misas y oraciones que digo? Hubiera preferido seguir siendo un laico.

Aquí puedes ver por sus palabras que son incrédulos y no cristianos, y no quieren estar unidos con todos los cristianos, como San Pablo dice aquí que todos los que son bautizados se han revestido de Cristo y son uno en Cristo. Más bien, buscan sus propios caminos especiales por encima de todos los cristianos; para ellos Cristo no es ni bueno, suficiente, ni adecuado para que se revistan de él y sean justificados y salvos en él.

70. Así ponen patas arriba este pasaje de San Pablo y dicen: “Todos los que son bautizados no son uno en Cristo, no solo hay judíos y griegos, sino también cartujos, frailes descalzos, predicadores, sacerdotes, y estados similares. Ese es el verdadero camino a la salvación”. Así que buscan la salvación y la piedad primero por lo que ellos hacen, cuando deben tenerlas ya por su bautismo en la fe, como los otros cristianos hacen. Olvidan su vida y nombre cristiano y en su lugar toman una vida y nombre humano. Nunca se llaman cristianos, sino más bien cartujos, benedictinos, frailes descalzos, etc.

71. San Pablo habla aquí de esclavos y libres conforme a una costumbre antigua que ya no es común, especialmente en Alemania, en que los esclavos fueron propiedad y su amo podía venderlos y hacer con ellos lo mismo que hacía con sus otros animales. Llama “libres” a los que no eran propiedad. Ahora los monjes y monjas bien se podrían llamar esclavos y personas que son propiedad, que se ponen a sí mismos bajo otras personas. Quisiera Dios que se consideraran así, y dejaran su vida espiritual ser un encarcelamiento voluntario, en que no se hicieran piadosos y salvos, sino más bien practicasen la piedad y salvación que obtuvieron por la fe.

72. Tan poco como no ayuda ni impide la salvación que seas un hombre o una mujer, igualmente no ayuda ni impide la salvación que seas un cartujo o un sacerdote y externamente te conduzcas en toda clase de comportamiento, obras, órdenes y estados.

El hecho de que seas una mujer no te hace piadosa ni malvada, aunque hagas todas las obras que son naturales para una mujer; más bien, lo que te hace piadosa es la fe en Cristo, por encima de y más allá de tu ser una mujer y la vida y las obras de una mujer.

Así que el hecho de que eres una monja no te hace espiritual ni piadosa ni te salva, incluso si guardas con exactitud todas las reglas, leyes y obras de una monja, aunque tú sola cumplieras todas las obras y la vida de todas las monjas; más bien, la fe en Cristo hace eso. La fe no sabe nada de monjas o monjes, laicos ni sacerdotes, zapateros ni sastres, ayunos ni oraciones, como tampoco sabe nada de judíos y griegos, hombres ni mujeres, esclavos ni libres. Más bien, está en todos y por encima de todos, sin ninguna distinción de estados, órdenes, personas, conducta, obras, vestimenta, comida, días, lugares y ocupaciones. En resumen, la piedad y la salvación no dependen de ninguna de estas cosas.

73. Pero otra vez, ciertamente pueden aferrarse a la piedad y la salvación; es decir, ciertamente pueden creer en Cristo y en él hacerse totalmente uno, sin importar cuán diversas sean sus vidas externas, como dice San Pablo: “Todos vosotros sois uno en Cristo” (Gálatas 3:28). El salmista escribe: “Dios hace habitar en familia a los desamparados” (Salmo 68:6). El Salmo 133:1 dice “¡Mirad cuán bueno y cuán delicioso es que habiten los hermanos juntos en armonía!” La fe es la misma en todos y hace a uno piadoso igualmente como al otro. Las sectas y las órdenes no hacen eso, sino cada uno toma su propio camino para él mismo; por tanto, todos son callejones sin salida. Si no hay ningún prelado en el claustro que enseña esto, sería mucho mejor que no quedara en pie ninguna viga ni piedra. Solo son puertas del infierno. Sería mejor correr de ellos y aprender en otra parte de la fe que permanecer en ellos por una hora. Una persona ciertamente puede ser casta en otra parte. ¡Hay innumerables trampas y ofensas en ellos! Cuántas almas preciosas que fácilmente podrían ser ayudadas tienen que ser miserablemente estranguladas y ahogadas. ¡Ay, ay, ay de los Papas, obispos y todos los que tienen el mandato de alimentar a tal multitud! Aquí se aplican las palabras de Cristo: “¡Ay de las que estén encinta y de las que críen en aquellos días!” (Mateo 24:19)

74. También dice: “Todos vosotros sois uno”, así como si estuviera hablando de un solo hombre. Dijo eso contra la multitud de esta manera: “No son muchos, sino uno. Aunque externamente son muchos y diferentes—no todos están en el mismo estado u obra, cosas de que no dependen la salvación y la piedad—sin embargo, internamente, donde están la salvación y la piedad, son uno. Por tanto, ante el pueblo un laico es diferente de un sacerdote, y un monje es diferente de una monja, un hombre es diferente de una mujer; pero ante Dios no hay ni laico ni sacerdote, hombre ni mujer; cada uno es como el otro en fe”. Este es el proverbio de la Escritura: *Non est prosopolepsia*, que los apóstoles suelen citar y que dice: “No hay acepción de personas”.

75. Esto se ilustra cuando los hijos de Israel recogieron el maná (Éxodo 16:16-18). Uno recogía más, otro menos, y después cuando lo medían por gomer, que es la cantidad que una persona podía comer en un día, todos recibían lo mismo: cada uno su gomer. Como dice el texto: “Todo el que recogía mucho no recibía más, y todo el que recogía

poco no recibía menos de un gomer”. Esto debería pasar ahora no solo en la fe, cuando todos igualmente reciben un Cristo en un gomer de la fe, aunque uno puede escuchar más evangelio que otro, sino también debe suceder en el amor, a saber, que el cuerpo y los bienes de todos los cristianos deben estar en común, como el apóstol explica en esta ilustración: “El que recogió mucho no tuvo más y el que poco, no tuvo menos” (2 Corintios 8:15). Así deben llevar las mismas cargas como los apóstoles en el principio.

76. Así como Cristo hizo eso para nosotros en la fe, cuando nos mostró su amor, derramó sus bendiciones sobre nosotros, nos hizo a todos iguales a él, y se hizo igual a nosotros, así debemos actuar hacia nuestro prójimo con nuestras posesiones si queremos ser cristianos. Si la fe es correcta, sin duda haremos esto voluntariamente de corazón, porque todas las cosas son una cosa, todos los cristianos son una persona; entonces la ley está completamente cumplida. Pero si no lo hacemos, entonces no tenemos fe y no somos cristianos. Por tanto, es fácil ver que en el mundo entero la fe ahora yace vencida y no hay más cristianos; sin embargo, cada esquina está llena de misas y cultos, es decir, solo de la idolatría.

77. Si dices: “De esta forma destruyes a todos los conventos e instituciones y das a todos una razón para salir corriendo de ellos y abandonar sus posiciones”, respondo: Estas palabras y doctrina no son mías, como puedes ver. Habla con San Pablo, de hecho, con Cristo y con Dios, acerca de por qué están destruyendo estas instituciones y esta forma de vivir. También entre el pueblo de Israel había separatistas, que se llamaban el pueblo de Baal y de Molec, hasta que toda la tierra y las ciudades estaban llenas de este culto peculiar. Jeremías y Oseas dijeron: “Han establecido tantos altares y dioses como había ciudades, y sin embargo todos querían servir a Dios con eso; por eso Dios destruyó la tierra” (vea Jeremías 2:28; Oseas 10:1).

El santo rey Josías se enfureció por eso y arrancó y despedazó toda esa adoración (2 Reyes 23:5). Sin embargo, no temía la excomunión del Papa; no temía que dirían que había destruido la adoración a Dios, como Rabsaces reprochó al santo rey Ezequías por hacer lo mismo (2 Reyes 18:22). Esta doctrina, sin embargo, no destruye conventos e instituciones, sino enseña a la gente cómo vivir en ellos en una forma verdaderamente cristiana.

78. Mira cómo las palabras de Pablo refrenan y se oponen a ambos lados, de modo que él nos guarda en el verdadero camino medio. Dice: “No hay judío ni griego”, etc. Si por estas palabras un judío dijera: “Si el judaísmo no tiene ningún valor ante Dios, bueno, lo abandonaré; haré lo contrario y me haré griego”. San Pablo se opone a eso por el otro lado: “No”, dice, “Ningún griego tiene valor tampoco”. Si el griego entonces dice: “Bien, dejaré de ser griego y me convertiré en judío”, Pablo dice: “Ningún judío tiene valor tampoco”. Si una mujer o un esclavo dijera: Ojalá que fuera un hombre o libre, puesto que una mujer y un esclavo no tienen valor”, entonces San Pablo de nuevo impide eso: “Ningún hombre ni mujer tiene valor tampoco”. ¿Qué tiene valor? Ninguno de los dos lados, sino por encima de ellos, por encima de los judíos, griegos, esclavos,

libres, hombres y mujeres: estar en la fe y en Cristo. Lo primero es el camino terrenal; el segundo es el camino celestial.

Así que también dice: “¿Fue llamado alguno siendo circunciso? Quédese circunciso. ¿Fue llamado alguno siendo incircunciso? No se circuncide” (1 Corintios 7:18). ¿Qué significa excepto que el judío no debe decir: “Puesto que mi circuncisión no tiene valor, bueno, la incircuncisión debe ser de valor, y de esa forma me volveré piadoso”? Por otro lado, el gentil no debe decir: “Porque mi incircuncisión no tiene valor, bueno, si quiero ser salvo, me circuncidaré”. “No”, dice Pablo, “ninguno de los dos”, y concluye: “La circuncisión nada significa, y la incircuncisión nada significa; lo que importa es guardar los mandamientos de Dios” (1 Corintios 7:19). Es tanto como decir: Primero cree en Cristo, por lo cual se guardan los mandamientos, y primero sé piadoso y salvo; luego, sé circuncidado o no circuncidado, judío o gentil, hombre o mujer, esclavo o libre, haz lo que quieras, todo tiene igual valor.

79. Así también aquí, las monjas, sacerdotes o monjes no deben decir: “Si mi forma de vivir no vale, bien, la abandonaré y me convertiré en un laico”. “No”, dice Pablo, “tampoco ser laico tiene valor”. Otra vez, podría decir un laico: “Oh, si tan solo fuera sacerdote, monje o monja, porque mi condición de laico es un estado miserable mundano”. “No”, dice Pablo, “el estado de un monje, monja o sacerdote tampoco tiene valor; es tan mundano y miserable como tu estado como laico”. ¿Qué, entonces, tiene valor? Es algo por encima de ti, por encima del laico, del monje, de la monja, del clero y el seglar. Creer en Cristo, y hacer al prójimo como crees que Cristo ha hecho contigo es el único camino verdadero hacia la piedad y la salvación; no hay otro”.

80. Toma una ilustración tosca: Supongamos que un joven estuviera aprendiendo a ser zapatero y como maestro tuviera un necio o un pillo que le enseñara que este comercio es un camino a la piedad y la salvación, y supongamos que el muchacho lo cree y persigue el oficio del zapatero con la idea de que debe ser salvo por ello y que no puede ser salvo excepto por hacer zapatos, y por tanto abandona todos los demás caminos, incluso la fe y el amor. ¿Qué harías aquí? ¿No deberías tener misericordia del chico? ¿No estarías enojado con el maestro y le desearías toda clase de desgracias?

Ahora, ¿cómo ayudarás al chico? ¿Dirás esto?: “Hijo, ser zapatero no lo hará; los zapateros no tienen ningún valor en el cielo. Debes ser sastre”. Entonces lo sacarías de un infierno para meterlo en otro, y serías tan piadoso como el otro maestro. Los que aconsejan a un sacerdote a convertirse en monje, o a un monje que entre en otra orden más difícil, hacen lo mismo. Echan así las almas y las conciencias de una sartén caliente a otra. Más bien, debes ayudarlo de esta forma: “Hijo, aquí no hay ni zapateros ni sastres, sino debes creer en Cristo, y luego hacer con tu prójimo como crees que Cristo te ha hecho a ti. Entonces puedes seguir siendo zapatero o convertirte en sastre, lo que quieras”.

De esta forma liberas su alma, y su conciencia se vuelve feliz y contenta, de modo que agradece a Dios y a ti. Sin embargo, no necesita abandonar su oficio sino puede perseguirlo con más placer y libertad que antes. Cristo no redimió nuestras manos del

trabajo, nuestra persona de nuestro oficio, nuestros cuerpos de nuestra condición en la vida, sino redimió nuestras almas de un engaño falso y nuestra conciencia de una fe falsa. Es un Redentor de conciencias y un “obispo de almas”, como dice San Pedro (1 Pedro 2:25). Sin embargo, deja que nuestras manos permanezcan en nuestro trabajo, nuestra persona en nuestro oficio, y nuestro cuerpo en nuestra situación en la vida.

81. Así, también, sacerdote, monje o monja, debes hacer lo mismo. No creas a los maestros que te enseñan que tu estado es un camino a la piedad y la salvación. Solo son líderes ciegos de los ciegos, mensajeros del diablo, y asesinos de almas. Más bien, primero aprende que creer en Cristo y servir al prójimo es el camino verdadero. Entonces, quédate donde estás.

82. Pero si dices: “Pero me volví clérigo con la idea de que sería piadoso y salvo en ese estado. De lo contrario, no lo habría tenido en nada. Creo que ni uno entre mil se vuelve clérigo con ninguna otra idea. Si la gente lo supiera, nadie se volvería clérigo y dentro de treinta años todos los conventos e instituciones desaparecerían por si mismos, de modo que nadie necesitaría destruirlos”.

Respondo: ¿Entonces piensas que Cristo estaba borracho o era un necio cuando dijo que tales falsos cristos llevarían a todos al error, hasta los elegidos (Mateo 24:24)? San Pedro también dice que muchos seguirán a estas sectas condenadas (2 Pedro 2:2). ¿Te asombra que Cristo habló la verdad? ¿Crearás tu opinión en preferencia a sus palabras?

83. Por tanto, nota que si el estado clerical no va por el camino de la fe y el amor, como se dijo, entonces quisiera no solo que mis doctrinas sean la causa de destruir los monasterios e instituciones, sino también quisiera que ya estuvieran en cenizas. Si puedes librar tu conciencia y alma por esta doctrina, y así vivir en el estado clerical de tal forma que no pienses que llegarás a ser piadoso y salvo por él, sino solo ejercer tu fe en tu cuerpo y servir a tu prójimo, entonces permanece en él; no tienes que correr para salir de él. Pero si no puedes y tu conciencia queda cautiva, entonces es mejor que rompas tu hábito y tonsura, abandones tus misas y oraciones para siempre, y tal vez te conviertas en un porquero, si no puedes ser nada mejor. No debes dejar que nada en el cielo ni en la tierra te impida liberar tu alma y conciencia.

84. Si alguien te reprocha como un monje apóstata, rebelde, fugitivo, sopórtalo y piensa en las palabras de Cristo acerca de la persona que tiene una viga en su ojo reprendiendo a otro que tiene una astilla pequeña en su ojo (Mateo 7:3-5). Eres un apóstata de seres humanos, pero ellos son apóstatas de Dios; tú corres de gente para que puedas llegar a Dios, pero ellos corren de Dios para que puedan llegar a ellos mismos y a la gente.

85. Cuídate de no mostrarte como un truhán que deja su oficio por razones equivocadas. Tu viejo Adán gustosamente se adaptará y tomará un metro si le dejas el ancho de un dedo. Puedes engañar a la gente, pero no engañarás a Dios. Si dejas tu oficio solo para que puedas vivir en libertad, libre de tu orden, y no solo porque buscas liberar tu conciencia, entonces no me has seguido y no te he aconsejado hacer eso; eso lo debes saber. Puedes permanecer en tu orden y mantener tu conciencia libre según esta

doctrina. Mira la ilustración del zapatero que te di. Pero si estás tan débil que no puedes mantener libre tu conciencia, entonces es mejor que estés lejos de ese estado.

86. En resumen, debes hacer una de dos cosas: debes abandonar esa idea o debes dejar ese estado. La fe no tolera la idea de que te volverás piadoso y salvo por la vida o estado clerical. Esta idea que estamos tratando es la cabeza de la serpiente: si estuviera muerta, el hombre no se imaginaría que se volvería piadoso o podría ser salvo por sus obras y estado; entonces todo peligro y ansiedad habrían desaparecido.

87. La víbora protege su cabeza tan diligentemente que Cristo también nos enseña a proteger nuestra cabeza diligentemente cuando dice. “Sed, pues, prudentes como serpientes y sencillos como palomas” (Mateo 10:16).

Así debemos cuidar nuestra cabeza, a saber, la fe, y arriesgar todo lo demás por ella, pase lo que pase, porque nuestra vida está en ella. El espíritu maligno busca pisotear nuestra cabeza con estas brillantes órdenes y estados. Por otro lado, si pisoteamos la cabeza de la serpiente, es decir, la idea que es una fe falsa en las obras, entonces toda esa forma de vida es sin daño. Por eso Cristo llamó a los fariseos una generación de víboras, porque obstinadamente sostenían esa idea sobre las obras. Si preserváramos nuestra cabeza como lo hacen las serpientes, y fuéramos tan sabios en nuestra forma de vivir como lo son los hijos del mundo en su forma de vivir, entonces la sencillez de las palomas naturalmente seguiría, de modo que no abrazaríamos ninguna obra, estado ni forma de vivir externos.

88. Sin embargo, aquí la mayor culpa no es de Pilato, sino de Caifás, que entregó a Cristo en manos de Pilato, es decir, del Papa, de los obispos, y de los doctores en las universidades, que deberían haber impedido estas cosas, como pastores. Más bien, como lobos, devoran a las ovejas. Deben haber mantenido la fe, pero la destruyen. No solo permiten que tales órdenes y estados crezcan en la tierra, sino también los fundan, los establecen y los alaban. Ponen la cabeza de la serpiente en almohadas de seda y le dan bastante leche para devorar y tomar.

Han traído dos declaraciones al mundo y las han metido tan profundamente en todo corazón que es imposible que la fe cristiana permanezca allí. Una es la siguiente: “El estado clerical es el estado de la perfección”. Con eso han hecho tal división entre ellos y los cristianos comunes que ellos casi exclusivamente se consideran cristianos, y los otros se consideran sirvientes inútiles y rechazados. Con eso abrieron la boca y la nariz de todos de par en par, con el resultado de que todos han corrido a ellos y quieren ser perfectos, menospreciando el estado común como si no fuera nada, hasta que lleguen al punto en que piensan que nadie puede llegar a ser piadoso y salvo a menos que sea un clérigo.

89. Así la fe ha descendido, y las obras y las órdenes han subido, como si no solo llegar a ser piadosos y salvos sino también la perfección dependiera de ellas. Sin embargo, todo, tanto ser piadoso y perfecto, depende de la fe. ¡Qué bandera ha levantado el infernal Satanás! Con el comienzo y la introducción de esta declaración, sin duda ha

escalado el castillo principal de la cristiandad. Así la gente necia y ciega baja, siempre hablando de la perfección, pero no sabiendo nada de lo que significa ser piadoso, a decir nada de perfecto; piensan que depende de las obras y los estados.

90. Además, han hecho para ellos una gran escapatoria diciendo que la perfección y el estado de perfección son dos cosas diferentes. Una persona puede estar en un estado de perfección, y sin embargo no ser perfecta; es decir, puede ser un clérigo, y sin embargo no ser santo. Generalmente, todos están en un estado de perfección, pero ninguno de ellos es perfecto. También tienen a Santo Tomás de Aquino, que enseña: “No es necesario ser perfecto, sino es suficiente que estén en un estado de perfección y tengan la intención de llegar a ser perfectos”.

Así que ahora su costumbre es que una persona puede estar en un estado de perfección, y sin embargo no ser perfecta; tampoco es necesario ser perfecta, sino solo esforzarse para ello. ¡Esa gente es ciega, ciega, ciega, necia, necia, necia, estúpida, estúpida, estúpida, y absurda! ¿Quién no sabe que un monje puede llevar el hábito, la tonsura, y sin embargo ser un truhán por dentro? Está en un estado de perfección, y sin embargo no es perfecto. “Estado de perfección” ahora significa el hábito y la tonsura del monje. “Dejadlos; son ciegos”, dice Cristo, “Son ciegos y guías de ciegos” (Mateo 15:14). Si Santo Tomás era santo, algo que dudo, entonces se convirtió en santo más milagrosamente que cualquier otro santo debido a su doctrina perniciosa y venenosa.

91. La segunda declaración es esta: que han dividido el evangelio en dos partes, en *concilia et praecepta*, “mandatos y consejos”. En todo el Evangelio, Cristo solo dio un consejo, la castidad, que cualquier laico que tenga el don para ello puede guardar. Pero han hecho de ello doce consejos y tratan con el evangelio en cualquier forma que quieran. Así han dividido y separado el mundo basando su vida en los consejos y la de los laicos en los mandamientos; alegan que su vida es más elevada que los mandamientos de Dios. En consecuencia, la vida y la fe del cristiano común y corriente se ha vuelto cerveza rancia y mala. Todo el mundo ha abierto los ojos, despreciado los mandamientos, y corrido tras los consejos.

92. Cuando corren completamente tras estas cosas, al final inventan leyes humanas sobre ropa, alimento, canto, lectura, tonsuras, etc. En consecuencia, tanto los mandamientos de Dios y la fe han sido destruidos y olvidados. Hoy, ser perfecto y vivir conforme a los consejos significa vestirse un hábito negro, blanco, gris o de muchos colores; salmodiar en las iglesias, afeitarse la tonsura, abstenerse de huevos, carne o mantequilla, y sin embargo comer y beber lo mejor y tener buenos días ociosos.

93. Eso es lo que Satanás quiere lograr por esas dos declaraciones. La primera destruye la fe y todo el Nuevo Testamento, junto con Cristo. La segunda caza los Mandamientos y todo el Antiguo Testamento, junto con Moisés. Estas son las personas, como dice toda la Escritura, que gobernarán bajo el Anticristo al final del mundo. No hay dos declaraciones más perniciosas y venenosas en la tierra, que tan enérgica y rápidamente expulsan todas las Escrituras de Dios del mundo, de modo que ahora la gente no sabe qué es el mandamiento ni el evangelio. El evangelio no da mandamientos, sino más bien

muestra cuán imposibles son los mandamientos y enseña la fe en Cristo, por la cual se guardan.

Otra vez, quisiera que todos los conventos o tuvieran los que predicaban la verdadera fe o que quedaran en cenizas. Esa clase de vida no puede ser un término medio, como lo pueden ser los oficios de los laicos, porque los laicos no hacen sus obras con la idea de llegar a ser piadosos y ser salvos por ellas. Pero esa gente no puede vivir ni existir sin esa idea. Debe haber una fe verdadera en Cristo o una fe falsa en sus obras; no hay término medio.

Eso basta sobre las sectas. Desgraciadamente, están tan profundamente arraigadas que toma tantas palabras para hablar de ellas que no sé si nos ayuda entender las palabras claras y lúcidas de San Pablo.

“Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa.” (Gálatas 3:29)

94. ¿Cómo es posible que todos los que se revisten de Cristo y son suyos también sean simiente y herederos de Abraham? No somos de la raza judía, ¿no es cierto? Es suficientemente obvio por los versículos anteriores y su explicación que todos los que se revisten de Cristo por el bautismo y la fe son suyos, y, por otro lado, él es de ellos. Es obvio también que todos son uno en Cristo y uno con él espiritualmente, no corporalmente. Así deben ser y tener todo lo que es y tiene Cristo. Pero Cristo es la Simiente de Abraham, y así por medio de él deben también ser la simiente espiritual de Abraham. Así como tienen a Cristo, también son simiente. No lo tienen corporalmente en carne y hueso, sino espiritualmente en la fe. Por tanto, no son simiente corporal sino espiritual.

95. Nota aquí que el apóstol da a Abraham tres clases de simiente. Primero, aquellos que son sus hijos solo corporalmente que tienen solo carne y sangre de él. Eso sucede solo conforme a la naturaleza, y Dios no tiene más que hacer con ellos que con los demás gentiles. Eso se probó en Ismael, que fue el primer hijo de la carne y sangre de Abraham, y sin embargo en las Escrituras no fue contado entre la simiente y los hijos de Abraham. Asimismo, Esaú también fue el hijo natural de Isaac y la carne y sangre de Abraham. De la misma forma, más tarde muchos de Israel, que fueron todos hijos de Abraham y su carne y sangre, fueron matados en el desierto. Después siempre había muchos que fueron condenados, y todavía hoy la mayor parte de los judíos son condenados.

96. La segunda simiente son aquellos que son hijos de Abraham corporal y espiritualmente al mismo tiempo, que no solo tienen la carne y sangre sino también el espíritu y la fe de Abraham, tales como Isaac, Jacob, los patriarcas, los profetas, y toda la gente salva de Israel. Esta es la verdadera simiente con la que Dios trata, la simiente que él ayudó para salir de Egipto, que condujo a la tierra de Canaán, y a la cual manifestó incontables beneficios, como testifican las Escrituras. Por amor a esa simiente, soportó la simiente puramente carnal entre ellos y temporalmente permitió que

gozaran los mismos beneficios. Así como por la fe en Cristo Abraham fue su padre espiritual, también ellos fueron sus hijos espirituales, más allá de su parentesco natural.

Entre esta simiente, Cristo es la Cabeza, de quien Abraham mismo y toda la simiente de Abraham, sus hermanos y coherederos, fueron bendecidos. Este es el texto en que habla de esta Simiente: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra” (Génesis 12:3 22:18; Gálatas 3:29). Esto se cumplió en Cristo, porque están todos con Cristo y en Cristo, y Cristo es la Simiente única con ellos y en ellos. Cristo es bendecido por Dios; sus hermanos en la simiente son bendecidos por medio de Cristo; los gentiles son bendecidos por medio de los apóstoles y los judíos en Cristo, que también son sus hermanos en la simiente.

97. La tercera simiente son aquellos que no tienen carne ni sangre de Abraham, pero tienen el efecto espiritual, que es la fe de Abraham en Cristo, su Simiente. Estos ahora somos nosotros y todos los gentiles que somos cristianos con verdadera fe. Así como la incredulidad es lo suficientemente poderosa para separar incluso a los hijos naturales de carne y hueso de Abraham de su parentesco con Abraham, de modo que las Escrituras no los llaman la simiente de Abraham e hijos de Dios, así, por otro lado, la fe es mucho más poderosa de tal manera que hace que incluso aquellos que no son la carne y hueso de Abraham, sino solo tienen el efecto espiritual de la fe de Abraham, sean su verdadera simiente. Pablo habla de este asunto (Romanos 4:13; 9:8; Gálatas 3:29). A esta simiente se alude cuando Dios prometió a Abraham: “En tu simiente serán benditas todas las naciones de la tierra” (Génesis 22:18).

98. Si esta bendición debe llegar a las naciones, entonces deben ser iguales a la simiente de Abraham, porque Abraham y su simiente no tienen otra cosa que esta misma bendición. Así que la herencia, la posesión principal, y la bendición son comunes y una sola cosa para Abraham, su simiente y todas las naciones de la tierra, de modo que todos igualmente deben ser contados como herederos, simiente e hijos de Abraham, ya sea que tengan su carne de él o no. Así está determinado que Abraham no tiene ninguna simiente excepto los que creen, porque en la Escritura son contados como su simiente. La promesa de Dios se reduce a esto: que la simiente de Abraham debe ser bendecida y bendecir a los demás. Todos los que deben ser la simiente de Abraham y sus herederos deben ser bendecidos, como lo requieren las palabras de la promesa.

Ahora, nadie es bendecido a menos que crea. Quien no cree permanece bajo maldición. San Pablo llama a la simiente de Abraham la simiente de la promesa (Romanos 4:13; 9:8; Gálatas 3:29), a saber, no la simiente de la carne sino la de la fe, como se dice en la promesa. Dice: “No son hijos de Dios los hijos según la carne, sino que son contados como descendencia los hijos según la promesa” (Romanos 9:8). Juan está de acuerdo con eso: “Estos no nacieron de sangre, ni por voluntad de carne, ni por voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:13).

99. Ya ves lo que el apóstol quiere decir aquí cuando dice: “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente descendientes de Abraham sois, y herederos según la promesa” (Gálatas 3:29). Es como si dijera: “No son la simiente natural de Abraham, y no les ayudaría en

absoluto, así como no ayuda a nadie más. Pero son su simiente prometida; eso es todo lo que importa”. Abraham no tiene otra simiente que los que fueron prometidos y bendecidos, ya sea que Dios les haya permitido ser su carne y sangre o no. Debemos entender “la simiente de Abraham” conforme a la Escritura, no conforme a la naturaleza. La Escritura no presta atención a la naturaleza; recibe a todos los que son bendecidos y creen, sean o no hijos naturales de Abraham. Aunque Dios previó que los hijos de bendición ciertamente vendrían de la simiente natural de Abraham, no se debía a su naturaleza sino a su elección por la gracia.

100. Debes comprender las palabras “la simiente de Abraham y sus herederos” correctamente, tal como se usaron en la lectura anterior de la Epístola contra los santos de obras: la justicia no se obtiene por las obras, sino primero debe haber justicia, y luego debe hacer todas las obras. El heredero no obra para obtener la herencia ni para obtener un premio de la herencia, sino ya posee la herencia y la usa con sus obras. Así, el que cree ya es piadoso, justo y salvo, sin ninguna obra. Todo lo que hace después solo son obras hechas en el uso de esta herencia.

101. Además, si crees, entonces debes experimentar esa herencia, considerarte un hijo de Dios, sin dudarlo. Si lo dudas, entonces no eres un hijo ni un heredero, y ciertamente no crees correctamente. No debes tener ninguna duda sobre esa vida cuando mueras. ¿Qué es la forma de vida cristiana sino el comienzo de la vida eterna? Pero si te representas como un hijo de Dios y confiesas esa fe, entonces Caifás, en su gran culto a Dios, rasgará su ropa y clamará de ti: *Blasphemavit*, ha hablado blasfemia; y los demás todos dirán con él: *Reus este mortis*, merece la muerte. “Nosotros tenemos una ley y, según nuestra ley, debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios” (Juan 19:7). ¡Crucifícalo! ¡Crucifícalo! “Es un hereje y engañador”, etc. Deja que digan esto de ti, y toma consuelo en ello, porque así tendrá que ser.